

de la casa de Elías de Tejada está presente en todas sus páginas, con el toque genial que imprimía a todo. Es, pues, una buena cosa haberlo reimpresso. ¿Y en castellano? Quizá sería entonces el momento de hacer esas integraciones y correcciones apenas aludidas.

Manuel ANAUT

José Miguel Gamba, *La sociedad tradicional y sus enemigos*, Madrid, Guillermo Escolar Editor, 2019, 238 pp.

El querido amigo José Miguel Gamba, que ha colaborado en estas páginas con un artículo sobre la querrela de la ciencia española y García Pelayo (*Fuego y Raya*, n. 5, 2013) acaba de reunir unas lecciones ampliadas que diera en Madrid bajo el título pugnaz de *La sociedad tradicional y sus enemigos*. Filósofo y lógico, en 2002 publicó diversos trabajos que hacen a su especialidad profesional, entre los cuales destaca el estudio los aportes del P. Ramírez a la analogía tomista. Mas demostrando que un buen intelectual católico no se queda sosegado en su coto de caza y que una personalidad serena no rehúye el buen combate –al igual que su maestro Leopoldo Eulogio Palacios, y su padre Rafael Gamba Ciudad–, nos ha obsequiado con muy finos trabajos sobre asuntos políticos, que van desde la crítica al personalismo y la del populismo, al estudio de la dignidad humana o la defensa de la Cristiandad frente al Islam.

Este de ahora que dice ser refutación extemporánea del caudaloso y famoso libelo de Popper, *La sociedad abierta y sus enemigos*, no es por cierto una apología de la «sociedad cerrada» sino el patrocinio y el resguardo, a la vez, de aquello que el pensador austriaco repudiaba y que constituye las bases naturales y sobrenaturales de una sociedad ordenada a la vida buena. La feliz circunstancia de que José Miguel reúna en el título de su libro el sustantivo «sociedad» (que no organización o Estado o estructura o mecanismo) y el adjetivo «tradicional» (que no tribal y tampoco progresista, que no quietista y tampoco revolucionaria) permite comprender desde el inicio algo que él indica en pocas



páginas de la «Introducción»: no hay sociedad de la inmediatez y lo efímero, como no hay tradición de lo que comienza o es desde hace poco. Sociedad es palabra de largo aliento, de convivencia en el tiempo; y tradición es adjetivo que la cualifica señalando los fundamentos sólidos de su constitución y progresivo desenvolvimiento.

La tradición da continuidad a la sociedad, pero no cualquier tradición sino aquella que es esencial y no subalterna, raigal y no efímera. Las tradiciones de las Españas —que encarna en el Carlismo— y que Gamba va a relatarnos en este texto, es esencial y raigal porque es el catolicismo mismo (en sus dimensiones naturales y sobrenaturales) según prendió, creció y floreció en ese suelo fértil a ambos lados del Atlántico.

Por eso hay que comenzar por donde Popper comenzó: si éste decía de la herencia totalitaria de la filosofía clásica (específicamente la griega), Gamba partirá de Aristóteles para mostrar el mareo, descompostura y enloquecimiento de la filosofía política moderna (cap. 1). Se trata pues de rectificar el racionalismo cartesiano de la Modernidad siguiendo las observaciones prácticas (morales, jurídicas, políticas) de Aristóteles: la sociabilidad humana, el orden social, el bien querido y perseguido por la sociedad, la diversa organización social. La comunidad política, parafraseando a Sertillanges, se basa en lo que el hombre es orientándose a lo que él debe ser.

¿Cuál es el fin de la comunidad política? El bien común (cap. 2), concepto que debe ser limpiado de los desvíos modernos, como el bien del Estado, que requiere distinguir (sin separar) sus dimensiones: inmanente y trascendente, para lo cual Gamba se vale principalmente de Santo Tomás de Aquino y de su discípulo, el P. Santiago Ramírez. Pero esas dimensiones del fin de la comunidad política nos ponen de lleno en lo que los modernos han visto siempre fuente de conflicto y que Gamba explicará armónicamente: las dos espadas (cap. 3), la relación entre César y Dios, entre el poder temporal y la autoridad espiritual de la Iglesia. Aquí también la guía es el Aquinate, junto a la doctrina

pontificia, las *Relecciones* de Vitoria y, de fondo, la bula *Unam Sanctam* de Bonifacio VIII.

La sociedad tradicional debe hacer resistencia al laicismo, apunta José Miguel en las páginas finales del capítulo anterior, que es lo mismo que afirmar debe hacer frente a la raíz del mal, el liberalismo (cap. 4). Desentrañando la esencia de esta generalizada corrupción de la inteligencia y la voluntad, el autor nos describe de qué manera la doctrina clásica del libre albedrío fue sustituida por la libertad espontánea, primero en Lutero y luego en las denominaciones protestantes, para llegar a la libertad absoluta, la libertad negativa, la autonomía, que nos acaba postrando en inconsciente servidumbre, de la que el Estado liberal pedagogo es una muestra –tal vez la más monstruosa como quería el P. Leonardo Castellani.

Y como secuela de esa revolución viene la otra en el seno de la Cristiandad, el liberalismo católico (cap. 5), de Lamennais a Maritain, según recordara el P. Julio Meinvielle; entonces también el personalismo. Aprovecha el autor para desenmascarar el fondo gnóstico de la Modernidad, ese inmanentismo que «conduce a la humanidad hacia la inexorable realización de una perfección futura dentro de este mundo» (112), el Reino de Dios en la tierra, la Ciudad de Dios identificada con la Ciudad Terrena. Cuando así sucede, la sociedad bien constituida, que forma una patria, degenera en nacionalismo por el extravío del amor de piedad (cap. 6). El carlismo, por tradicionalista, es un patriotismo; las reacciones anteriores y posteriores a la guerra civil del XX (falangismo, franquismo, etc.) son un nacionalismo.

En el cap. 7 Gamba se detiene en el problema del totalitarismo, nacido del individualismo moderno y el ensalzamiento liberal del ciudadano abstracto, refrescando la doctrina tradicional que es su antídoto, la de los cuerpos intermedios o corporativismo (aunque la palabreja tiene sus inconvenientes), demolidos por el estado liberal; y el foralismo, argumento tenaz del Carlismo. Si el gobierno es natural, desde que no hay sociedad sin autoridad, corresponde estudiar sus formas (cap. 8), distinguiendo

las naturales de las forzadas, las que se ajustan a la índole del pueblo y las que se le imponen con esquemas racionales, unas que responden al bien común, otras que lo pervierten. Y entre las primeras, la monarquía; y en España, la monarquía española tradicional, no la actual, sino aquella que hizo grande a la patria y que es capital carlista.

La conclusión pone a Gamba a levantar el ánimo de los católicos extraviados, a quitarlos de la modorra burocrática del liberalismo socialista, a llamarlos a no bajar brazos y reemprender el buen combate: «no basta al católico seguir a la Iglesia, sino que, para bien de la ciudad y de la misma Iglesia, debe desarrollar una actividad política dentro de la sociedad civil. Y esa actividad política, que directamente apunta al bien común natural, pero indirectamente favorece la actividad de la Iglesia, es la política del carlismo o legitimismo» (225).

Nada de comunitarismo, nada de ostracismo, nada de política del avestruz, nada de escapismo, nada de falsificaciones. Podríamos decir recordando el título de uno de sus trabajos: «Cristiandad a secas y prudencia política».

Pensador fino, por pulcro y exquisito; pensador católico, de pluma cual tizona; pensador sereno, por templado y claro; pensador original, por tradicionalista que es lo mismo que estar en el origen y permanecer *semper eadem*, José Miguel Gamba nos ha regalado unas extraordinarias lecciones sobre la sociedad tradicional que con mucho superan el ámbito de unas conferencias o unas clases. Este su libro perdurará por lo mismo que él quiso que perdurara, por tradicional, por firmemente tradicional, por su tradicionalismo pugnaz que no arría banderas ni sube el trapo blanco en el filo de la escopeta.

Juan Fernando SEGOVIA